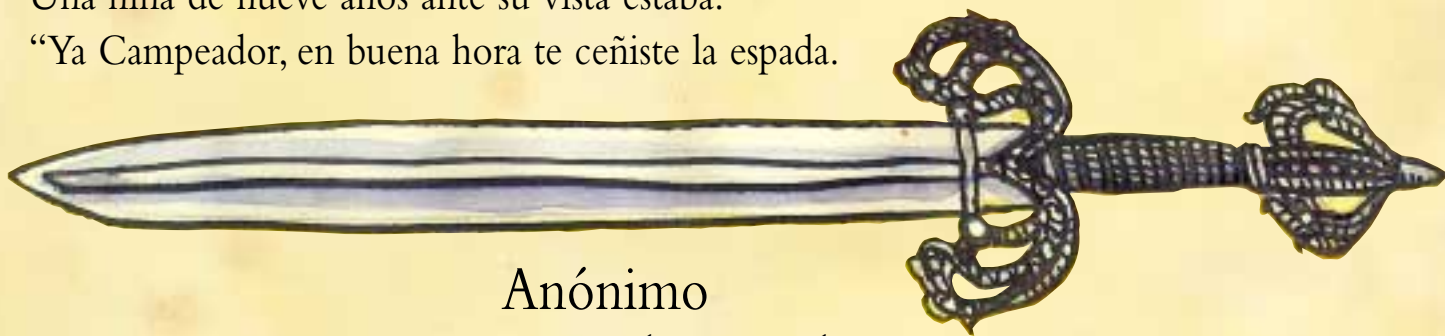


Mio Cid Ruy Díaz por Burgos entróse,
en su compañía sesenta pendones,
salíanlo a ver mujeres y varones;
burgueses y burguesas están en los balcones;
llorando de los ojos, tanto es su dolor.
Por sus bocas todos decían esta opinión:
“¡Dios, tan buen vasallo, si tuviese buen señor!”

Lo invitarían con agrado, pero ninguno
lo osaba:
el rey don Alfonso tenía muy gran saña;
Antes de la noche entró en Burgos su carta,
en gran recaudo y debidamente sellada:
que a mio Cid Ruy Díaz, que no le diese
nadie posada,
y aquel que se la diese supiese, por su palabra,
que perdería sus bienes, más los ojos de la cara,
y aun además los cuerpos y las almas.
Gran pesar tenían las gentes cristianas;
se esconden de mio Cid, no osan decirle nada.
El Campeador se encaminó a su posada;
cuando llegó a la puerta la encontró bien
cerrada,
por miedo del rey Alfonso así la prepararan:
que si no la quebrantase a la fuerza,
no se la abriesen por nada.
Los de mio Cid con altas voces llaman,
los de dentro no les querían replicar palabra.
Aguijó mio Cid, a la puerta se acercaba,
sacó el pie del estribo, un fuerte golpe daba;
no se abre la puerta, que estaba bien cerrada.
Una niña de nueve años ante su vista estaba:
“Ya Campeador, en buena hora te ceñiste la espada.



11 GIBIAS 04



Anónimo
Cantar de Mio Cid